

# Don Ramón de Zubiría: de la docencia amorosa al amor docente

Pedro Antonio López Sierra  
*Instituto Caro y Cuervo*

“La docencia no es simple traslado de saberes sino proyección de orden moral, ya que lo esencial en ella es su contribución al mejoramiento moral de los hombres (...)

[habría que] empeñarnos en que la docencia se profese y difunda por amor.

Porque sólo el amor es eminentemente creativo. El inventa siempre el cómo, por el anhelo de llegar hasta el otro”.

Ramón de Zubiría

Docencia amorosa y amor docente constituyen los ejes de la visión del mundo de Don Ramón en lo que a la interacción docente-alumno se refiere. La docencia no puede sustraerse al mero hecho de transmitir conocimientos. No, la docencia es mucho más que eso. En Don Ramón de Zubiría fue *intelleto d'amore*: un mostrar el camino del conocimiento con amor; un guiar al alumno, a la manera de Virgilio con Dante en la *Divina Comedia*, a través del camino de la vida intentando comprender sus misterios y descifrar sus enigmas hasta alcanzar la luz; un valorar la vida, un vivir estoicamente la muerte; y, por sobre todo, un anhelo por comprender la grandeza de Dios contemplando al otro, tolerándolo y comprobando que su existencia es una prueba de su más grande amor por nosotros.

No fue Don Ramón un erudito como tantos que existen. Fue un sabio en el más amplio sentido que esta palabra posee: un conocedor de la esencia humana, especialmente de sus grandezas y de sus miserias; y, por lo mismo, un guía espiritual en el conocimiento de lo divino, conocimiento adquirido por medio de una sutil y aguda percepción de la naturaleza

**Su cátedra era**

pensamiento vivo,  
reflexivo, crítico y *lleno de fino humor*. Como hombre lleno de sabiduría creaba el clima afectivo para seducir a sus oyentes con su voz. Esta era polifónica. Amaba a sus alumnos al igual que ellos **a él. Se escuchaba con amor su lección.**

y del hombre. Por lo mismo su sabiduría se hacía extensiva, en particular, en su trato con el alumno. No hubo en Don Ramón presunción ni pedantería pedagógica; no hacía sentir mal al otro. Al contrario, lo tenía en cuenta y le elevaba su condición. Era consciente del material que iba modelando con sus manos, su corazón y su cabeza. Sabía y sentía que el otro en su clase era un ser humano de carne y hueso, al decir de Don Miguel de Unamuno: un ser que siente, que sufre, que llora, que ríe, que odia, que desea, y que, por encima de todo, ama.

Sus lecciones eran lecciones de amor, de encanto, de magia. Estaban dirigidas al ser humano, a cada una de las almas que contemplaba, a las mujeres y a los hombres que tenían el privilegio de ser sus interlocutores. Porque con él se dialogaba de alma a alma, de corazón a corazón, de pensamiento a pensamiento, así sólo se escuchara su voz. Su sensible inteligencia era capaz de leer en el ambiente las emociones, los pensamientos y las expectativas de sus alumnos, y siempre tenía para con ellas una especial diferencia y una particular enseñanza.

Don Ramón nunca escatimó sus conocimientos para con sus alumnos. Sabiamante descubría ante ellos su ciencia, sin alardes de erudición, contagiando de amor sus lecciones. Para él, su alumno era su vida. De su mano se conocía con afecto el mundo, la vida y la ciencia. En su voz sonaba la voz de muchos hombres: Pablo Neruda, Jorge Guillén, Federico García Lorca, José Asunción Silva, Rubén Darío, Miguel de Cervantes Saavedra, Miguel de Unamuno, y, por supuesto, Antonio Machado: por citar tan sólo algunos de los más caros para él. A través de ellos entendíamos que el hombre tiene “su residencia en la tierra”; que “su júbilo está en ser y permanecer en el mundo”; que “hay dulzura infantil en la mañana quieta y los árboles extienden sus brazos a la tierra”; que “el espíritu sólo al conmovirse canta: cuando el amor lo agita poderoso tiembla, medita, se recoge y calla”; que “el amor se llena de sol, de España, de púrpu-

ras y otros”; que “la valentía es una virtud puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; que “en los consejos mismos que se dan al hombre, no es la letra, sino la música de ellos, lo que aprovecha y edifica y así la música es el espíritu, y la carne es letra, y toda doctrina del corazón es canto”; y que “nuestras horas son minutos cuando esperamos saber, y siglos cuando sabemos lo que se puede aprender”. Sí, todo esto se entendía con el corazón y se sentía con la cabeza. Ese era Don Ramón: el maestro preocupado por la condición humana; el que tenía el valor civil de educar para la vida. Aquel que elevaba la condición del hombre al grado sumo, pero también el que descubría sus miserias. No obstante, ante éstas era optimista. Como debe ser un buen maestro. Su alegría de enseñar se traducía en el estudiante en goce de aprender.

Tal vez de su amorosa dedicación docente hay que destacar su carácter eminentemente oral. Su cátedra era pensamiento vivo, reflexivo, crítico y lleno de fino humor. Como hombre lleno de sabiduría creaba el clima afectivo para seducir a sus oyentes con su voz. Esta era polifónica. Amaba a sus alumnos al igual que ellos a él. Se escuchaba con amor su lección.

En este sentido, su cátedra insistió siempre en el respeto por el otro, en el respeto por la diferencia y en el apasionamiento por ésta. Su sabiduría estaba destinada al otro, al hermano, al prójimo, a ese que “es igual a ti, pero que no eres tú”; al que “reconocerás en él a un hermano”, como pensaba Don Antonio Machado. Por esta razón, con su discurso que influía alegremente se avivaba el seso y se despertaba el alma. Así mismo nacía, de su cátedra, el amor fraternal: ese que “nos saca de nuestra soledad y nos lleva a Dios”; ese que nos lleva a comprender que “cuando reconozco que hay otro yo, que no soy yo mismo ni es obra mía, caigo en la cuenta de que Dios Existe y que debo creer en él como un padre”. En efecto, la suya fue lección de amor sabio o de sabiduría amorosa. Don Ramón no sólo enseñó el amor por el hombre y por la naturaleza; también enseñó el amor

por Dios. Como él mismo lo expresó alguna vez, trayendo a colación a Aristóteles, "no proponer al hombre sino lo humano es traicionar al hombre". Y en la práctica era así: sus lecciones trascendían lo humano para llegar a lo divino.

Con Don Ramón de Zubiría, el alumno se reivindicaba con la vida. Es una lástima para los que no gozaron el privilegio de su enseñanza: ¡Si Apolodoro Carrascal, el caro y desgraciado personaje de Amor y Pedagogía, pequeña obra maestra de Unamuno, hubiese tenido un sabio de las características de Don Ramón para orientarlo!, otra sería su suerte. Habría entendido que los "orangutanes con título", como los llamaba Don Ramón, están condenados a la angustia, la infelicidad y la frustración; habría vislumbrado que nada vale la ciencia si el amor no la acompaña; que de nada vale entregarle clasificado y rotulado el mundo a Dios si se desconoce la imperiosa fuerza del amor, que mueve la relojería del universo; habría entendido que el amor precede

al conocimiento en la aprehensión del mundo: que la vida es maestra de la ciencia. Habría sentido que después del amor a una mujer es el amor por el trabajo lo que ata al hombre a la vida y a Dios. En fin, habría aprendido que mientras luchan cabeza y corazón y mientras exista una mujer hermosa, habrá poesía: que lo propio de la humanidad es la compleja combinación de amor y pedagogía.

**bojas Universitarias.....**

